

Recordando Julio de 1936

La constitución de comités de obreros, campesinos, milicianos y marinos fue un reflejo instantáneo de la destrucción del aparato coercitivo capitalista. No quedó fábrica, barrio obrero, pueblo, batallón de milicias o barco donde no se constituyera un comité. El comité era la máxima autoridad; sus disposiciones y acuerdos tenían que ser acatados. Su justicia, la justicia revolucionaria con exclusión de toda otra. La legislación burguesa quedó arrinconada, no existía más ley que las necesidades imperiosas de la revolución. La mayoría de los comités eran elegidos democráticamente, por los trabajadores, milicianos, marinos y campesinos, sin distinción de tendencias, realizándose así la democracia proletaria, superando la fementida democracia parlamentaria burguesa. En una palabra, en los lugares de trabajo sólo existía un poder: el trabajo y los trabajadores.

La expropiación de la burguesía y terratenientes fue efectuándose, por lo general, a compás de la constitución de los comités. Las sombras gubernamentales de Madrid y Barcelona, contemplando impotentes lo que ocurría, procuraron, en algunos casos, incautar o nacionalizar ciertas industrias, para evitar que los trabajadores se hicieran cargo de ellas. Pero cuando se presentaban los testaferros del gobierno, los obreros ya estaban al frente de la industria, quienes se negaban, naturalmente, a entregarla. Sin excepción toda la gran propiedad industrial y agraria pasó a manos del proletariado y de los campesinos. Igual traspaso de poderes se produjo por lo que respecta al armamento. Vencido y dislocado el ejército pretoriano, los trabajadores tuvieron la ocasión, que ya veremos cuándo se repite, de conseguir cuantas armas quisieron. Se constituyeron milicias, sin perder un minuto, que se dirigieron a hacer frente a las mesnadas fascistas en Aragón, Sierra del Guadarrama, Andalucía, Extremadura. Para el mantenimiento del nuevo orden revolucionario naciente se crearon patrullas de control en Cataluña y milicias de retaguardia en el resto del país.

La respuesta del proletariado hispánico a la agresión de la reacción española coaligada con toda la reacción mundial, fue bien categórica e inteligente. La reacción fue aplastada en la calle y expropiada económicamente y el proletariado se constituyó en árbitro

del país, es decir en los centros donde había densidad proletaria y, por tanto, sentido de clase. Solamente la reacción pudo afincar-se en zonas agrarias, por no existir la cohesión revolucionaria y clasista de los centros fabriles.

Las conquistas revolucionarias de julio fueron arrebatadas, poco a poco, por la contrarrevolución, que tenía raíces sólidas en el poder. Las Milicias obreras fueron disueltas para dejar paso al Ejército Popular Regular, controlado por los stalinistas. Hubo desde luego, oposición por parte de los hombres de julio. Podemos constatar que grupos numerosos de milicianos abandonaron los frentes de batalla antes que someterse a una disposición que desnaturalizaba completamente el espíritu surgido de las barricadas.

El espíritu de Julio había sido expulsado del glorioso cuerpo armado de la revolución, y en su lugar se quiso crear un ejército pretoriano al servicio del Kremlin y de los imperialismos occidentales. El resultado fue evidente. Desapareció la combatividad. Las deserciones se multiplicaron. Los trabajadores no sabían lo que defendían ni por lo que luchaban. Ni la oficialidad stalinista ni los militares profesionales inspiraban confianza a los trabajadores. Se esfumó la moral de las gloriosas jornadas de julio. La guerra y la revolución habían sido disociadas. La suerte estaba ya echada. El epílogo lo hallamos en los campos de concentración del país vecino.

La contrarrevolución hizo tabla rasa con todos los organismos surgidos en las jornadas de julio. Las Patrullas de Control fueron disueltas. Los Comités de Defensa, también. Todo lo que habían creado los trabajadores al calor de la lucha fue arrebatado: Patrullas de Control, Comités de Defensa, Colectividades, Milicias... Y se llegó más lejos. Se persiguió y encarceló a los trabajadores que en la refriega contra el ejército pretoriano expusieron sus vidas desde el primer instante de la sublevación militar. Se fabricó el famoso proceso de los cementerios claudestinos.

La contrarrevolución pudo afianzarse en el Poder porque las organizaciones obreras (CNT-UGT) cedieron posiciones que no debían haber cedido nunca. Sobre todo en Cataluña el predominio de la Confederación Nacional del Trabajo era bien notorio. La calle era nuestra. Se dejó la mano libre a los contrarrevolucionarios, quienes en

conjunción con los stalinistas se apoderaron de los puestos clave de la retaguardia y del frente.

Esta experiencia no puede olvidarse. Y máxime cuando contábamos con los organismos adecuados para construir un nuevo estado de cosas. Fue una revolución malograda. Y quizás hubiésemos ganado la partida a la reacción mundial de haber existido una moral revolucionaria en la retaguardia. Tal moral hubiese surgido, y se habría mantenido de haber sido el proletariado a través de las organizaciones sindicales quien hubiera asumido la máxima responsabilidad en todas las actividades de la zona antifranquista. No se tuvo la visión necesaria y nos dedicamos a reforzar el Estado capitalista que se estaba cuarteando por los cuatro costados.

Hemos querido hablar de julio por si la historia se repite. En todas las grandes convulsiones sociales surgen nuevos organismos de expresión popular, es decir de la entraña del pueblo. El deber de los revolucionarios es el de aprovecharse de ellos para dar cima y expresión a lo que el pueblo espontáneamente ha forjado o parido. En julio faltó el acierto para coordinar los organismos populares que estaban en nuestras manos y dar un puntapié al Estado.

Nos salimos del Comité de Milicias Antifascistas para ir a reforzar la Generalidad de Cataluña y también se fue a reforzar el agonizante Gobierno Central al que prestamos cuatro ministros. Es decir, que nos alejamos del espíritu de julio y nos lanzamos en brazos de la contrarrevolución.

Y quiero terminar en la insurrección de mayo de 1937. Todavía se hubieran podido corregir los errores cometidos. De nuevo éramos dueños de la calle. Dos divisiones del frente se dirigían a Barcelona, pero el «Alto el fuego» y las presiones hechas y consideraciones a los responsables de las dos Divisiones imposibilitó que llegasen a la capital catalana. Había sonado la hora de la contrarrevolución. En mayo, la vacilación dio al traste con la epopeya proletaria del siglo XX.

De haber contado con una decisión capaz y revolucionaria hubiésemos hecho y consolidado una revolución que hubiese servido de pauta al mundo y habríamos acabado, de una vez para siempre con el manoseado espejismo moscovita.

Es triste y lamentable tener que reconocerlo, pero no se estuvo a la altura de las circunstancias. A través de este artículo no pretendo zaherir a nadie, pero he querido decir lo que dije en España en «El Amigo del Pueblo» portavoz de la Agrupación de los Amigos de Durruti.

JAIME BALIUS